



CONCEPTOS
Y FENÓMENOS
FUNDAMENTALES
DE NUESTRO
TIEMPO

UNAM

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES

LITERATURA Y REALIDAD
CARLOS MONTEMAYOR

Febrero 2009

LITERATURA Y REALIDAD

Por Carlos Montemayor

1

Términos como **realidad**, **ficción** o **historia** se abren paso en la actividad de toda sociedad con numerosos supuestos que no se tornan explícitos, particularmente entre políticos, historiadores y escritores. Por principio, damos a la palabra **historia** varios sentidos y conferimos distintas calidades a la palabra **realidad**. En ocasiones “historia” significa **el pasado**. En otras significa las obras de los historiadores. En otro momento la palabra se aplica a la disciplina que los historiadores ejercen. En otros se aplica a un profesor o juez ficticio: un sujeto que da lecciones y juzga a generaciones en frases como “la historia nos enseña” o “el juicio de la historia”.

El Diccionario de la Real Academia, en su edición del año 2001, registra aún diez acepciones básicas de la palabra **historia**, cuya amplitud de sentidos demuestra la facilidad de equívocos que puede imprimir el término en los discursos especializados o legos. En el español actual, **historia** significa narración de acontecimientos pasados y dignos de memoria, públicos o privados; disciplina que estudia y narra estos sucesos; obra histórica compuesta por un autor; conjunto de sucesos o hechos políticos y sociales de un pueblo o de una nación; conjunto de los acontecimientos ocurridos a alguien a lo largo de su vida o en un período de ella; relación de cualquier aventura o suceso; narración inventada; mentira o pretexto; cuento, chisme, enredo, y cuadro o tapiz que representa un caso histórico o fabuloso. El diccionario agrega otras frases como **historia clínica** o relación de los datos con significación médica referentes a un enfermo; **historia natural** como ciencia que estudia los tres reinos de la naturaleza, el animal, el vegetal y el mineral; **historia sacra** o **sagrada**, como conjunto de narraciones históricas contenidas en el Antiguo y el Nuevo Testamento; por último, **historia universal**, como la de todos los tiempos y pueblos del mundo.

El uso es amplio en español y sus variantes de sentido llegan a ser en distintos momentos opuestas. El fenómeno ocurre en otras lenguas modernas, lo que acentúa la muy extendida aceptación del término en el mundo contemporáneo y su inclusión en numerosas situaciones de la vida diaria. Fuera de su uso común, otras ambigüedades complican más la aplicación de

esta palabra en campos políticos e historiográficos. Primero, creer que el pasado **es algo** que existe. Segundo, creer que, por tanto, **ese algo** es susceptible de presentarse como real. Tercero, postular que el pasado es parte de la **realidad**. Cuarto, creer que esa realidad que se llama **pasado** está en algún lugar, intacta, inamovible. Quinto, suponer que el historiador trabaja con esa **realidad** y no con invenciones o supuestos; por ello, creer que el historiador sólo ve **hechos históricos** reales, comprobables y objetivos. Sexto, creer que es posible, entre otras cosas, acudir y penetrar en ese pasado y adquirir un fragmento y analizarlo objetivamente en nuestros días como franca y llana realidad, no como inferencia ni invención. Séptimo, que, por tanto, ese pasado objetivo es la esencia de la **Historia** (uso el polivalente vocablo para recalcar los supuestos de pasado, bibliografía y disciplina).

2

Conviene que veamos algunos episodios antiguos de la palabra **historia**. El término es de origen griego y proviene de ἱστορέω, que en Herodoto, Esquilo, Sófocles o Polibio es **preguntar, inquirir o informarse de algo**; en otros autores, entre ellos Plutarco, Galeno e Hipócrates, también es **examinar y observar**; en muchas ocasiones, señaladamente en Herodoto, significa **preguntar o interrogar**. En Teofrasto, Plutarco, Estrabón y otros autores, la misma palabra significa **relatar, referir lo que uno ha aprendido u observado**, de aquí que ἱστορημα signifique en Anacreonte, Dionisio de Halicarnaso y Plutarco, **narración o relato**.

Así pues, ἱστορία, en términos generales era **pesquisa, exploración, información, conocimiento y relato**, lo que bien se aviene con los trabajos iniciales y diversos de Herodoto. Pero la misma palabra significó también **observación científica o sistemática** en Epicuro, y **ciencia o sistema de observaciones o datos registrados** en Galeno y Aristóteles. En el caso de este último, aplicó el término en los diez libros de su Περὶ τὰ ζῶα ἱστορία, título que se tradujo en latín como **Historia animalium**; en español podríamos traducirlo como **Sobre la historia de los animales**, donde la palabra **historia** tiene el sentido de “informaciones o datos” obtenidos por “pesquisas” u “observaciones”.

Recordemos, igualmente, que el término ἱστόριον significaba **indicio**, pero también **testimonio**, y que ἱστορικός, además de histórico, significó a veces, en Aristóteles y Plutarco,

por ejemplo, **exacto, preciso, científico**. El adverbio ἱστορικῶς, además de **históricamente**, significó **por medio de pesquisas**, pero en Aristóteles también **científicamente** y en Galeno **lo conocido por observación personal**. Por tanto, ἱστοριογράφω era **escribir historia** e ἱστοριογραφία el **trabajo de historiador**; ésta última palabra, historiografía, que aparece en una interpolación de Josephus, es útil inclusive en nuestros días para distinguir entre la relación de ciertos “hechos” y la ciencia que “explora” esa relación de hechos; Campanella retomó el término en el Renacimiento como **arte de escribir la historia**. Finalmente, ἱστοριογράφος es, en numerosos autores e incluso en inscripciones, el **historiador, el escritor de la historia**; la forma ἱστοριογράφος aparece en inscripciones de Delfos y Creta.

De las “historias” de Herodoto a las obras de Tucídides, Polibio o Tito Livio, hay un avance notorio en el manejo crítico de los “hechos” y de las fuentes disponibles para conocer tales “hechos”. Aunque actualmente se tiende a emplear el concepto sólo como historia de “hechos humanos”, la división en tres grandes campos planteada por Francis Bacon no desaparece del todo: la historia de la Naturaleza, la historia del hombre y la historia sagrada.

3

Para Nicola Abbagnano el término **historia** “presenta una ambigüedad fundamental; significa, por un lado, el conocimiento de los hechos humanos o la ciencia que disciplina y dirige este conocimiento (**historia rerum gestarum**), y por el otro, los hechos mismos, un conjunto o la totalidad de ellos (**res gestae**)”. Por ello, utiliza el término **historiografía** para indicar el conocimiento histórico y el término **Historia**, con mayúscula, para los significados atribuidos a la **realidad histórica** como pasado, tradición, mundo histórico o sujeto de la historiografía. Siguiendo a Heidegger, señala que el significado más importante filosóficamente es el de **mundo histórico**, la totalidad de los modos de ser y de las creaciones humanas en el mundo, la totalidad de la “vida espiritual” o de las culturas, que se opone a la “naturaleza” como la totalidad de lo independiente del hombre o que no fue su producción ni creación. Las interpretaciones o corrientes de la filosofía de la Historia gravitan sobre este concepto de “mundo histórico”, porque así se le puede designar como un objeto único y simple, valorizable en su conjunto. Sin embargo:

La noción de mundo histórico como totalidad y la noción misma de **mundo...** están fuera de las capacidades efectivas de investigación y de inteligencia de que dispone el hombre. La Historia, como **objeto de la historiografía**, nunca es un mundo en este sentido, o sea la totalidad absoluta de los acontecimientos humanos. Un período histórico y un conjunto de instituciones es a veces llamado mundo (por ejemplo: el “mundo antiguo” o el “mundo oriental”) sólo en el sentido de una totalidad relativamente homogénea de culturas y no en sentido absoluto. La expresión misma “mundo histórico”, si recibe el significado de “objeto general de las disciplinas historiográficas”, designa no una totalidad absoluta, sino el campo relativamente homogéneo en el cual operan y se encuentran las técnicas de las disciplinas historiográficas. Por lo tanto, si se entiende por “realidad histórica” simplemente el objeto del conocimiento histórico, se renuncia **ipso facto** al concepto del mundo histórico como totalidad absoluta y a todo juicio acerca de esta totalidad. Se renuncia, también, a considerar **todos** los hechos como hechos históricos, ya que la afirmación de que todos los hechos son históricos no es más que otro modo de expresar la noción de la Historia como totalidad absoluta. Por otro lado, si ella no es el mundo histórico, no existe la historia. Toda Historia, desde este punto de vista, es la Historia de alguna cosa (un período, una institución, una personalidad), pero no es un proceso o una sustancia única o universal que comprenda todo dentro de sí. Las expresiones “objeto histórico” o “realidad histórica” son, desde este punto de vista, solamente nombres comunes para indicar cualquier tema de investigación historiográfica.

Para Abbagnano la historiografía contemporánea permite asentar ciertos caracteres del objeto histórico. Primero la **individualidad** o **unicidad**; es decir, el hecho histórico es único e irrepetible, desde el momento que está individualizado por dos parámetros fundamentales, la cronología y la geografía. Segundo, el hecho se **correlaciona** con otros para ser “explicado” o “comprendido”; a esta **correlación** se le ha querido interpretar, insuficientemente, y quizás en vano, como relación causal, pues con la eliminación del concepto de ley o causalidad, se elimina también el concepto de **necesidad** de la Historia, avance metodológico esencial en

nuestros días, pero incómodo para visiones ideológicas o religiosas universalistas que resuelven la historia **a priori**, desde el pensamiento cristiano y providencial, hasta Hegel y el materialismo histórico, según veremos más adelante.

El tercer carácter del objeto histórico es su **significado** o **importancia** en el probable condicionamiento de otros hechos, sin que esto quiera decir que el hecho mismo posea una cualidad inherente de modo absoluto en cualquier contexto, pues en otros será menos importante o tendría nula relevancia.

Por otra parte, la **individualidad** del hecho histórico permite distinguirlo del objeto de otras ciencias sociales, como el de la sociología, donde los hechos en general poseen el carácter de la **repetibilidad**. Los tres caracteres son útiles, además, para distinguir el hecho histórico del **hecho de crónica**, que no es ni individualizado ni correlacionado suficientemente con otros hechos, ni tampoco resulta significativo. Sin embargo, si acudimos a la literatura, para mencionar dos ejemplos clásicos, podemos afirmar que en **La Ilíada** o en **La Eneida** los hechos narrados son **individuales** y **únicos, correlacionados** y **significativos**, y que incluso se conectan con otras vertientes: la primera obra, con el nacimiento de la arqueología moderna sobre los períodos micénico y minoico; la segunda, con el interés político e ideológico del imperio romano.

4

Al principio del primer ensayo de su **La historia como hazaña de la libertad**, Benedetto Croce afirmó que la crítica de las obras históricas tropieza con las mismas dificultades que la crítica de poesía; al final de la obra, expresó que la poesía y la historiografía son las dos alas de un mismo ser, “los dos momentos ligados entre sí del espíritu que conoce.”

En efecto en el espacio literario también se impone una ambigüedad y polivalencia terminológica. **Novela, ficción, literatura, narrativa**, comienzan a significar muchas cosas. Desde la academia anglosajona, **literatura** es la bibliografía y los catálogos sobre cualquier tema: medicina, llantas, gastronomía, armas. **Narrativa** es ahora la exposición y análisis burocrático o militar de documentos políticos. **Novela** es ahora el drama televisivo y **ficción** el nuevo término para **novela**. **Fantasía** o **ficción**, finalmente, es en nuestros días el valor esencial de lo que antes se llamaba **literatura**. De manera gradual, pues, y con nuevas

terminologías, se ha ido desterrando de la **realidad** a las tareas literarias. La **unicidad**, **correlación** e **importancia** de los “hechos literarios” tienden a considerarse **ficción**. Los hermanos Karamazov no cuentan con documentación legal, ciertamente, pero son un magnífico documento “histórico” sobre la Rusia de su tiempo. **La Ilíada**, **El Decamerón**, **El Quijote**, los dramas de Shakespeare, contienen información valiosa sobre la **realidad** de su tiempo.

Una de las condiciones fundamentales de la investigación historiográfica en nuestros días es entender el “pasado” sin reducirlo o asimilarlo al presente. Este **alejamiento del pasado** era para Nietzsche lo propio de la historia **crítica**, a diferencia de la historia **arqueológica** que conserva y venera o de la historia **monumental** que exalta y alienta. No es fácil, sin embargo, tal alejamiento, y de diversas maneras lo arqueológico y lo monumental afectan a la investigación crítica y a la acción literaria. Por lo que toca a la historiografía contemporánea, un aspecto relevante es el de limitar la intervención de los intereses del historiador no sólo durante su investigación, sino en el momento de la elección del “hecho” a investigar. Intereses personales modifican la “elección” historiográfica y la elección del “tema” literario. Croce decía que “hay custodios vigilantes del fuego sagrado de la religión y el patriotismo que inventan libros de historia ‘para familias’, para los alemanes, los franceses u otros pueblos, o ‘para familias católicas’, o para ‘evangélicos’, llenos de hazañas heroicas o actos piadosos de devoción y costumbres edificantes.” Lo mismo podríamos decir de la literatura.

Muchos mecanismos políticos, religiosos e ideológicos limitan la elección o selección historiográfica y literaria y exigen que el historiador o el escritor se “interesen” en una dirección determinada. Abbagnano señala que la posibilidad de la selección historiográfica no se funda en la posibilidad de que el pasado cambie: “No se trata de que el pasado en sí pueda cambiar, sino que puede cambiar la selección que el presente realiza del pasado.” Croce decía que toda “historia” tiene un carácter contemporáneo: la historia, en realidad, está en relación con las necesidades actuales: “El hombre es un microcosmos, no en el sentido natural, sino en el sentido histórico: un compendio de la historia universal. Los documentos reconocidos específicamente como tales por los investigadores, parecerán muy escasos en la masa total de documentos en que habremos de apoyarnos continuamente, como el lenguaje que hablamos, las costumbres que no son familiares, la intuición y el

razonamiento que empleamos casi por instinto, las experiencias que, por decirlo así, llevamos en nuestra carne. Sin estos otros documentos, algunos de nuestros recuerdos históricos serían difíciles, o del todo imposibles.”

5

Olvidamos que la "historia" y la "literatura", las ciencias y las artes, son acciones sobre nuestro propio presente, o acciones que desde hoy parten hacia todo lo que somos capaces de ver aquí y ahora, llámese vida o verdad humana, vida o verdad del universo, vida o verdad del pasado. En esa "intervención de intereses" que surge al elegir un "hecho" o un tema literario, al desarrollar una investigación o al estructurar una novela, hay un eje permanente que deslumbra, interviene y a menudo distorsiona toda investigación y destierra a la literatura del reino de lo real: la objetividad. Ésta es, en efecto, una de las ficciones más atractivas y engeguecedoras de los historiadores y los políticos. La pasión por la objetividad tiene como riesgo más peligroso el conducirnos a la formulación oficial de la realidad. La versión oficial en turno es una secuela lógica de los conceptos **realidad** y **objetividad** cuando no aceptan cuestionamiento alguno. Estos son los caminos por los que, decíamos al inicio, los términos **realidad**, **ficción** o **historia** parten de numerosos supuestos que no se tornan explícitos entre políticos, historiadores y escritores.

Cada vez que me siento tentado por la tendencia de creer en la objetividad pura y llana, suelo releer un párrafo de **El Conocimiento Histórico** de H.I. Marrou,

¡Qué ilusión tan grande esa de poder abordar "las cosas mismas", el pasado "tal cual realmente fue"! Tratar de conocer sin emplear los instrumentos lógicos del conocimiento sería contradictorio. Lo haremos ver sin gran trabajo examinando el caso del ejemplo que hemos escogido, el asesinato de César: ¿Qué querría decir conocer este episodio del pasado "yendo a las cosas mismas"? A costa de muchos esfuerzos se llegaría a obtener todo lo más, el siguiente relato:

En determinado instante **t** del devenir universal (que podría fijarse con exactitud refiriéndolo a la presencia de los equinoccios y a los movimientos aparentes de la luna y del sol), en un punto de la superficie terrestre definido

por las coordenadas **x** de latitud Norte **y** de longitud Este de Greenwich, dentro de un recinto murado en forma de paralelepípedo rectangular donde se hallaban reunidos unos trescientos individuos machos de la especie **homo sapiens**, penetró otro individuo perteneciente a la misma especie, siguiendo una trayectoria rectilínea, que en el instante **t + n**, mientras los demás individuos presentes oscilaban un poco en su posición de equilibrio, doce de ellos empezaron a moverse siguiendo con acelerada rapidez unas trayectorias convergentes que se juntaron en el punto **m** con la trayectoria del antes citado. En las extremidades prensiles de los miembros superiores derechos de los doce había unas alargadas y afiladas pirámides de acero que, a viva fuerza, fueron hundidas en el cuerpo del dicho primer individuo, produciéndole profundos cortes en tejidos musculares y viscerales llamados comúnmente heridas y provocando cambios en los procesos catabólicos y anabólicos que suelen designarse con la palabra muerte.

...Lejos de procurarnos este procedimiento una visión más directa del pasado, tales conceptos, esquemáticos, no nos han proporcionado más que una imagen mutilada de aquella realidad humana. Para reflejar su riqueza de un modo más preciso y complejo –sin jactarnos nunca de agotarlas– tendremos no que renunciar a servirnos de esos conceptos científicos, pero sí que completarlos recurriendo a toda una serie de conceptos distintos, específicamente humanos, que no sólo nos permitirían captar mejor la realidad histórica, sino que le conferirán una estructura dotada de un alto grado de inteligibilidad: serán las nociones de república, monarquía, aristocracia, legalidad; dictador, senado, **nobilitas**; conspiración, ambición, ingratitud, desesperación...

Croce empleó, como recordó Marrou, otro ejemplo de Tito Livio (XXII, XLIV, 1), donde aparecen conceptos como guerra, ejército, persecución, fortificación, sueño, amor, odio o patria. Como se observa en el citado pasaje de la “muerte de César”, los conceptos "objetivos" de otras disciplinas forman un complejo semántico que hace empalidecer a la palabra literatura e incluso al término **ficción**. Pierden sentido sobre todo cuando nos proponemos descifrar la dimensión humana, política, social, ideológica, emocional, sensual, sensorial, de la "realidad"

de hoy o de ayer, que será una acción que formule o defina el presente, el pasado o el futuro desde nuestra perspectiva vital, ideológica, científica, de hoy. Porque nosotros inventamos, según expuso prístinamente Edmundo O'Gorman, los hechos históricos. Siempre es un hoy cuando los inventamos. Hoy es cuando creamos un nuevo pasado.

Pues bien, todo enfrentamiento ideológico es, en principio, en la vida política, el enfrentamiento de distintos grupos empeñados en un conocimiento divergente. Por ello, todo cuestionamiento no sólo es enfrentarse contra los grupos en el poder, sino contra la construcción verbal misma que de la realidad formulan los grupos. Con frecuencia la polarización de versiones oficiales partidistas hace de las "realidades" legibles o ideológicamente construidas una oscura zona que dificulta la opinión del ciudadano, del periodista, del político mismo o del escritor. La historia oficial es quizás el saldo político más afortunado que consiguieron, en cuanto construcciones verbales de la realidad, hasta hace pocos años, los varios gobiernos mexicanos autodenominados de la Revolución. Ningún sector se despliega como fuerza civil en una contienda política o armada sin una visión de la realidad que lo justifique o lo defina como la parte poseedora de la verdad política. No hay traidores de oficio. Hay hombres que hacen todo lo posible por realizar sus valores políticos. Cuando la literatura escapa de la camisa de fuerza de una sola versión de la realidad y logra acercarse simultáneamente a la otra o a las otras, puede ilustrar de manera más profunda la condición humana.

La versión del mundo, pues, no es una construcción fácil. Si los escritores de la Biblia justificaban la masacre de palestinos por la voluntad de Dios, también ciertos gobiernos, no sólo estadounidenses, justifican otras masacres por la voluntad divina y la protección de la democracia: todo lo que no corresponde con su "versión" se toma como enemigo, comunista, antidemocrático, narcotraficante o terrorista. Todo grupo en el poder descalifica así a quienes los impugnan. Así lo hizo el gobierno colonial con Hidalgo, Morelos o Allende. Así lo hizo el gobierno conservador con Juárez o Melchor Ocampo. Así lo hizo el porfirismo y el carrancismo con Villa o Zapata. Así actuaron los gobiernos contemporáneos con Lucio Cabañas, Arturo Gámiz, la Liga 23 de Septiembre o el Ejército Zapatista de Liberación Nacional. Así actuaron los imperios contra las insurrecciones en sus dominios. Esa actitud permanente de impugnación, de rebajar a lo mínimo al que impugna, al que no piensa como

nosotros o nos ataca, muestra la actividad del hombre político no como acción pura, sino como labor de ficción.

Claro, la literatura y la política siempre han estado vinculadas en toda cultura. Pero en la configuración de contenidos políticos la literatura permite participar simultáneamente de más mundos humanos. Es decir, expresar, comprender la vivencia humana que significa el impugnar a los que nos impugnan y mostrar las dos esferas de la humanidad, las tres o más que participen. Este ejercicio literario de **La Ilíada**, **La Eneida**, **El Mío Cid**, **La Guerra y la Paz**, **Los Invictos**, **Los de abajo** o **La sombra del caudillo**, no es de ninguna manera un ejercicio de fantasía; es un ejercicio de la inteligencia para ser capaz de pensar como el otro que no piensa como nosotros, de entender al otro que no entiende las cosas como nosotros. De entender al asesino y a la víctima; de entender a los combatientes. Este es un camino de inteligencia, este es un camino de la realidad, y creo que todavía sigue siendo un ejemplo preclaro **La Ilíada** al entender que los bandos combatientes contienen héroes y grandeza; esta pluralidad de perspectivas tiene sus primeras luces y las sigue teniendo en el ejercicio literario. En la recuperación de lo humano. En la recuperación del dolor, de la verdad corporal y actual, de la vida acosada que se pierde en las calles o las plazas cada vez que una persona despierta ante la verdad de su suerte, ante la opresión de su ser. Ante la condena de sus luchas que aún no terminan.

El historiador quizás se apasiona por su descubrimiento de "hechos históricos"; el escritor se apasiona por la vivencia humana que hizo posible a esos posibles hechos. La literatura es una de las formas de conocimiento de la realidad, no una forma de evasión ni de ficción. Cuando los trabajos del historiador y del novelista se hermanan, se aproximan, no se debe a la pasión por la historia, sino a la pasión por la realidad humana, a la pasión por lo humano.

6

Algunos afirman –entre ellos mis editores- que escribo novelas históricas. En cierta forma podríamos decir que se trata de novelas históricas, sí. Empero, pienso que la mayor parte de las novelas así llamadas modifican la perspectiva o replantean una visión historiográfica previamente dilucidada. Es decir, las novelas históricas suelen derivarse de una historiografía ya consolidada o enfrentarse con una historiografía “oficial”. La novela

persuade por su aparente realidad humana y la historiografía por su aparente objetividad científica. György Lukács dedicó páginas memorables al surgimiento de la novela histórica moderna. Quizás a algún lector sorprenda, como él lo explica, que la novela histórica de Walter Scott surgiera de los dramas de Shakespeare y no de la historiografía:

Friedrich Hebbel vio con claridad la conexión entre Walter Scott y Shakespeare, reconociendo en Scott al moderno sucesor de Shakespeare... Pero esta amplia y complicada conexión histórica de ambos géneros, que no se formaron en el espacio vacío y separados metafísicamente el uno del otro, no debe ocultar la separación de principio existente entre ellos. Por lo tanto debe volverse a las diferencias fundamentales de forma entre drama y novela, descubrir la fuente de tales diferencias en la vida misma, para poder comprender las diferencias de ambos géneros en su relación con la Historia.

Lukács explica que, en efecto:

Desde un principio sorprende el hecho de que ya existieron verdaderos dramas históricos, incluso artísticamente perfectos en el sentido histórico, mucho antes... de las llamadas novelas históricas de los siglos XVII y XVIII... si prescindimos del clasicismo francés y de la mayor parte del drama español, queda claro que tanto Shakespeare como algunos de sus coetáneos –piénsese en Eduardo II de Marlowe, en Perkin Warbeck de Ford, etc.- crearon verdaderos e importantes dramas históricos. A ellos debe añadirse a finales del siglo XVIII el segundo gran florecimiento del drama histórico de Goethe y Schiller, tanto en la época juvenil como en el período de Weimar. Estos dramas no sólo se hallan a un nivel artístico inigualablemente distinto al de los llamados antecedentes de la novela histórica clásica, sino que además son históricas en un sentido completamente diferente, verdadero y profundo. Por otra parte, también debe constatar que el nuevo arte histórico iniciado por Walter Scott sólo crea un reducido número de productos verdaderamente importantes en la literatura dramática: ante todo **Boris Godunov** de Puschkin, los dramas de Manzoni, etc. El nuevo florecimiento artístico de la concepción histórica de la realidad se concentra en la novela... Como es natural, existen arraigadas

relaciones entre la gran épica y la tragedia; no fue casualidad que Aristóteles subrayase ya tal correspondencia. Pero en la antigüedad la epopeya homérica y la tragedia clásica pertenecen a unas épocas claramente diferenciadas, y a pesar de todo, su parentesco en algunas cuestiones básicas relativas a contenido y forma tienen unos caminos claramente separados en cuanto a su modelado. El drama de la antigüedad surge del mundo épico. El crecimiento histórico de los contrastes sociales en la vida produce la tragedia como género del conflicto configurador.

Es decir, la tragedia griega nace de la primera épica; se trata ahí también de una continuidad literaria. Robert Schlieman leyó la poesía homérica con pasión y creyendo que era la “historia” de hechos; por esa confianza en la “realidad” homérica se originó la arqueología moderna, habíamos dicho, de las culturas minoica y micénica.

Una investigadora actual, María Cristina Pons, interesada en la abundante y reciente producción de novelas históricas en Hispanoamérica, apunta que:

“en términos generales, la reciente producción de novelas históricas se caracteriza por la relectura crítica y desmitificadora del pasado a través de la reescritura de la Historia. Esta reescritura incorpora, más allá de los hechos históricos mismos, una explícita desconfianza hacia el discurso historiográfico en su producción de las versiones oficiales de la Historia.”

Sí, en efecto, la novela histórica es útil para desmitificar diversos aspectos de la historiografía oficial o de los contenidos oficiales de la Historia, habíamos ya señalado. Pero mis novelas no están reformulando ni replanteando una visión historiográfica ya establecida; no constituyen una reformulación de períodos históricos ya analizados previamente por especialistas; no escribo novelas históricas que ofrezcan sólo interpretaciones nuevas. El tipo de novela que he escrito constituye en sí misma la primera formulación historiográfica y narrativa de los hechos. Me ocupo de temas y hechos sociales relevantes que no han sido tratados por historiadores ni especialistas ya sea por su complejidad política, por la peligrosidad de la información militar o por la dificultad de penetrar en ciertos círculos sociales o clandestinos.

No había ningún otro libro de investigación metódica, abarcante, sobre el movimiento guerrillero de Lucio Cabañas antes de **Guerra en el Paraíso**. La novela fue resultado de un

trabajo de campo, de una investigación antropológica y hemerográfica, de un trabajo particularmente de recopilación de testimonios orales, porque uno de los ejes fundamentales en que me basé fue la entrevista con los protagonistas, con los sobrevivientes, con familiares de los protagonistas fallecidos.

Las armas del alba también fue resultado de un proceso de investigación de campo y de una minuciosa recopilación de testimonios orales acerca de uno de los hechos esenciales en la historia social de la sierra de Chihuahua: el ataque de un grupo guerrillero compuesto de jóvenes estudiantes y campesinos a la guarnición militar de la ciudad de Madera el 23 de septiembre de 1965. Desde entonces se sucedieron por diversas zonas urbanas y rurales de México numerosos movimientos guerrilleros. La leyenda conservó la memoria de este alzamiento, pero con muy poca información disponible acerca de sus causas, desarrollo, hechos de armas y protagonistas sobrevivientes. **Las armas del alba** es una novela, ciertamente, pero también una revelación historiográfica. Por ello, como en **Guerra en el Paraíso** o **Los informes secretos**, los personajes aparecen con sus nombres reales y la fuerza y objetividad de los hechos son constantes que se integran en la misma estructura literaria.

Podríamos decir que **Tomochic**, de Heriberto Frías, es la primera formulación historiográfica y literaria de la masacre emprendida por el ejército de Porfirio Díaz en un poblado de la sierra de Chihuahua. Podríamos reconocer que **Las Memorias de Pancho Villa** o **El águila y la serpiente** de Martín Luis Guzmán son también resultado de investigaciones documentales y testimoniales del autor, de historia oral, particularmente en el caso de las **Memorias de Pancho Villa**, y al mismo tiempo son libros de arte. Ambos escribieron novelas que no confrontaban ni reformulaban una historiografía previa, sino que formaban parte de la primera expresión historiográfica y de la primera y profunda expresión literaria. Los muchos o pocos lectores de Heriberto Frías o de Martín Luis Guzmán lo siguen siendo no sólo por atender a la importancia histórica de la obra de estos autores, sino por su importancia narrativa.

Yo comencé a escribir **Las armas del alba** pensando que sería la primera de tres o de cuatro novelas sobre el movimiento campesino de Chihuahua, desde las movilizaciones campesinas de 1959, que modificaron las políticas oficiales federales en todo el país durante los siguientes 20 años y consiguieron afectar grandes latifundios en Chihuahua y

Durango en beneficio de nuevos centros ejidales forestales, ganaderos y agrícolas. Ese impulso original continuó hasta los inicios del siglo XXI en una extensa parte de la sierra de Chihuahua y Durango, con uno de los personajes de esa novela, Álvaro Ríos. Parte del ese movimiento inicial se radicalizó y tomó las armas. En suma, se trató de uno de los movimientos campesinos más importantes del siglo XX en México.

A este tipo de literatura no deberíamos llamarle novela histórica. Quizás novela política, novela inaugural, novela inicial, de investigación o descubrimiento. No me parecería acertado llamarla testimonial o periodística. Pienso que todavía no tenemos un deslinde crítico suficiente para designarla. El escritor argentino Miguel Bonasso, que también escribe novelas así, de investigación, como **Don Alfredo**, le llama “novela de no ficción”. La única ventaja de esta expresión es que aleja de la novela el fantasma de lo ficticio.

México, marzo de 2009.

BIBLIOGRAFÍA SUMARIA

- Abbagnano, Nicola, **Diccionario de filosofía**, Fondo de Cultura Económica, México, 1986.
- Croce, Benedetto, **La historia como hazaña de la libertad**, Colección Popular, Fondo de Cultura Económica, México, 1960.
- Ferrater Mora, José, **Diccionario de Filosofía I**, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1965.
- Liddell, Henry George y Scott, Robert, **A Greek-English Lexicon**, The Oxford Classical Dictionary, Oxford University Press, Ely House, London, Great Britain, 1976.
- Lukács, György, **Sociología de la literatura**, Ediciones Península, Madrid, España, 1966.
- Marrou, H.I., **El conocimiento histórico**, Biblioteca Universitaria Labor, Editorial Labor, Barcelona, España, 1968.
- O’Gorman, Edmundo, **La invención de América**, Fondo de Cultura Económica, México, 1958.
- Pons, María Cristina, **Memorias del olvido**, Siglo XXI Editores, México, 1996.

- Los microfilmes, documentos oficiales, archivos, entrevistas testimoniales, fichas hemerográficas y notas de campo que sirvieron de sustento a las novelas **Guerra en el Paraíso**, **Los informes secretos**, **Las armas de alba** y **La fuga**, se encuentran en el Fondo Carlos Montemayor de la Biblioteca Central de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.